

V JORNADAS DE SOCIOLOGÍA- UNLP  
DICIEMBRE 2008.

Mesa J 2

Razón y revolución. Radicalización política y modernización cultural (1955 – 1975)

Coordinadores:

Ana Julia Ramírez (UNLP); [ranajulia@yahoo.com](mailto:ranajulia@yahoo.com)

Mauricio Chama (UNLP); [mauchama@yahoo.com.ar](mailto:mauchama@yahoo.com.ar)

PONENTE: María Cristina Tortti

TEL. 483 9990

E MAIL: [mctortti@way.com.ar](mailto:mctortti@way.com.ar)

PERTENENCIA INSTITUCIONAL: Departamento Sociología, Facultad de Humanidades,  
Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

PONENCIA: “La izquierda socialista argentina a principios de los sesenta: entre la política electoral y el insurreccionalismo”

## RESUMEN

Se intenta mostrar la incidencia de los procesos políticos y sociales posteriores a la caída del gobierno peronista –1955- y a la Revolución Cubana –1959-, en la desorganización de la tradicional identidad del socialismo en la Argentina. En el Partido Socialista (PS), que había apoyado el golpe militar que derrocó a Perón, surgirá entonces una corriente crítica -sobre todo juvenil-, impactada por la potente oposición social y política con que los trabajadores “resistían” al nuevo régimen, y también por el ejemplo de los jóvenes revolucionarios cubanos.

Ambos procesos, provocaron la radicalización de la *izquierda socialista* que: 1- en el plano discursivo, re-examinó la caracterización de su partido sobre el peronismo, y comenzó a considerarlo en términos de “movimiento de liberación nacional” y potencial portador de energías revolucionarias; 2- de manera concordante, en el plano práctico, desarrolló estrategias de acercamiento con los sectores combativos de ese movimiento, y con otros grupos que como ella misma, comenzaban a definirse como parte de una “nueva izquierda”.

En medio de un proceso de alta conflictividad partidaria, se produjeron sucesivas divisiones en el PS, y en sus sectores de izquierda, una novedosa reelaboración de la identidad y la línea política del socialismo: se denunció la visión “liberal” y “reformista” de los sectores tradicionales del Partido, y se trató de articular los principios de la doctrina socialista con contenidos propios del “nacionalismo popular y revolucionario”. Frente a una línea político-estratégica que hasta entonces había privilegiado la identidad partidaria y la vía electoral y parlamentaria, se pasó a la promoción de una política frentista y a la exaltación de una perspectiva de corte insurreccional -dentro de la cual los momentos electorales y la actividad parlamentaria sólo contaban en tanto “recursos tácticos”.

En la ponencia se revisan algunos temas y “cuestiones” que permiten echar luz sobre las razones que facilitaron o promovieron ese tránsito, vinculándolo no sólo con el llamado “clima de época”, sino también con la conflictiva vida política argentina, en un período caracterizado por la proscripción del peronismo, la presencia política de las Fuerzas Armadas, la debilidad de los partidos políticos y el envejecimiento de las instituciones democráticas.

## **Introducción: la izquierda tradicional y la nueva izquierda**

Gran parte de los estudios sobre la “nueva izquierda” argentina tienden a centrarse en el período de actividad de las grandes organizaciones político-militares y en el fenómeno de la violencia política que envolvió al país durante los sesenta. Y, si bien a la hora de la explicación, suele aludirse a las viciadas prácticas político-institucionales que siguieron al golpe de estado de 1955, pocas veces se ha profundizado en los efectos políticos que dicho fenómeno producía -con excepción de los estudios que analizaron a las capas intelectuales, en particular a su franja “crítica”.

Uno de los espacios hasta ahora muy poco explorado, es el que corresponde a los dos principales partidos de la izquierda argentina, en los cuales, durante los sesenta, se produjo un intenso debate político-ideológico en el que nuevos temas se superpusieron a viejos malestares largamente arrastrados y en relación con el cual surgieron numerosos grupos “críticos” que desarrollaron tempranas experiencias de lo que, por entonces, ya se denominaba “neoizquierda”.

Ambos partidos -PS y PC-, si bien tenían escasa relevancia en el juego político institucional y electoral, gozaban de considerable prestigio en los sectores medios de la sociedad y en sus capas intelectuales y profesionales, aunque arrastraban la carga de no haber podido superar el hiato que los separaba de los sectores populares. Después de 1955, las tensiones que los recorrían se habían visto sensiblemente agravadas cuando, a los clásicos cuestionamientos por su “histórico” fracaso en vincularse con los sectores populares, se agregó la evidencia de que no habría “desperonización” de la clase obrera sino que, por el contrario los trabajadores reafirmaban su identidad política en medio de un inusitado despliegue de combatividad. Muchos pensaron, entonces que había llegado el momento de producir un encuentro que proporcionara nuevos cauces políticos y organizativos a esa aguerrida masa, a la que consideraban “en disponibilidad”. En esa búsqueda, y en un contexto nacional de fuerte viciamiento de las instituciones democráticas, esos contingentes de la izquierda se fueron volviendo críticos de las estrategias de corte electoral y parlamentario a las que seguían aferradas sus dirigencias tradicionales.

Cuando pocos años después se produjo el triunfo de la Revolución Cubana, esos dirigentes sufrieron un nuevo embate crítico por parte de quienes clamaban por contar con un partido “verdaderamente revolucionario” que, tal como había ocurrido en Cuba, fuera capaz de conjugar una estrategia socialista con la idiosincrasia del pueblo, lo cual en Argentina equivalía a buscar la fórmula que permitiera combinar peronismo y socialismo.

Los debates y experiencias de aquellos años mostraron tanto las dificultades que tal empresa entrañaba como la imposibilidad del PC y el PS para renovarse y capitalizar a su favor la izquierdización

que comenzaba a producirse en la sociedad. De tal modo que puede decirse que el éxito de la "vía cubana" y la persistencia del peronismo en la clase obrera argentina fueron la roca contra la cual se estrellaron tanto el PS como el PC, y el punto de partida de numerosos grupos radicalizados. Las disidencias y las rupturas transitaron por dos andariveles principales: uno se afirmaba en la certeza de que el camino al socialismo no transitaría por canales parlamentarios y electorales, mientras que el otro, partiendo de la necesidad de acortar distancias políticas con el movimiento popular, avanzaba en la reinterpretación del peronismo y acentuaba sus potencialidades antiimperialistas y revolucionarias.

De este proceso nacieron numerosos grupos, en los que confluían personas -e ideas- provenientes de tradiciones y experiencias políticas diversas, pero unidas por la convicción de que había llegado la hora de la revolución. Aunque de vida generalmente efímera, esas expresiones permiten comprobar la presencia de una fuerte voluntad política y militante que -sobre todo entre los más jóvenes- ya no encontraba cauce natural en los mencionados partidos. Aunque de vida generalmente efímera, esas experiencias permiten apreciar los *puntos de ruptura*, que además de afectar las certezas en las que se apoyaban los partidos de izquierda, operaron como *puentes* con otras tradiciones políticas -también en proceso de radicalización.

Sin embargo, y pese al común entusiasmo por la revolución cubana, el horizonte de expectativas de estos grupos y su modalidad de intervención política, permiten comprobar que por entonces, el tema de la lucha armada aún no monopolizaba el debate (M. C. Tortti, 2000).

## **1- El caso del Partido Socialista**

Durante los años que siguieron al derrocamiento del gobierno peronista, el PS se vio atravesado por una compleja combinación de expectativas y contradicciones, cuyo despliegue llevaría, en poco tiempo, a un verdadero estallido y dispersión de las fuerzas partidarias.

Fuertemente debilitados por la pérdida de su base obrera -atribuida a la demagogia y a la represión ejercidas por el régimen caído-, los socialistas pensaron inicialmente que en las nuevas condiciones se produciría la *desperonización* de las masas y su consecuente reorientación hacia el *verdadero* e histórico partido de los trabajadores. Sin embargo, esta creencia -compartida por muchos en la izquierda- se vio rápidamente desmentida por los hechos que, por el contrario, mostraron que la adhesión de los trabajadores al peronismo no era un rasgo transitorio ni el fruto de la pura manipulación política.

El PS, que se había opuesto sistemáticamente al gobierno peronista -y que por eso había sido perseguido-, se comprometió fuertemente con la "Revolución Libertadora", sobre todo en su primera

etapa. Es que como consecuencia de un largo proceso que se acentuó durante el decenio peronista, en el Partido se había consolidado el predominio de los sectores más tradicionales -o *liberales*-, liderados por Américo Ghioldi. Sin embargo, tanto entre algunos viejos dirigentes como -y sobre todo- entre los nuevos afiliados, fue creciendo un profundo malestar hacia ese alineamiento que comenzó a ser percibido como *complicidad* con la política *anti- obrera* y represiva del gobierno militar.

Desde entonces, el PS vivió en un estado de tensión -que luego se convertiría en enfrentamiento interno- hasta que, en 1958, se dividió en PS Argentino (PSA) y PS Democrático (PSD). Mientras que en el PSD se reagruparon los sectores *liberales* o *ghioldistas*, el PSA inició su camino marcado por una cierta heterogeneidad interna ya que en él convivían dirigentes y afiliados de posiciones *moderadas* -de tipo socialdemócrata-, como Alfredo Palacios, Alicia Moreau de Justo y Carlos Sánchez Viamonte, con otros más radicalizados -generalmente más jóvenes-, entre los que se destacaban Abel A. Latendorf, David Tieffenberg, Pablo Giussani y Elías Semán, líderes de la corriente de *izquierda*.

En lo que sigue, se presenta a grandes trazos la trayectoria de la *izquierda socialista*, primero dentro del PSA, cuando este partido se vio ante la necesidad de definir su propio perfil, en las nuevas condiciones planteadas por el gobierno de Arturo Frondizi, en cuya fórmula política se combinaban la promesa del *desarrollo económico* con una estrategia destinada *integrar* políticamente al peronismo. Este último punto será el que, de manera particular, pondrá de manifiesto las diferencias entre *moderados* e *izquierdistas*, y llevará al Partido a un persistente enfrentamiento. En el plano estrictamente político, las diferencias se manifestaban en las divergentes respuestas que cada sector daba a las siguientes preguntas:

1- cómo se saldría del antiperonismo cerrado -*gorilismo*-, y cuál sería el camino para acercarse a los trabajadores, mayoritariamente peronistas.

2- qué actitud se asumiría ante las próximas convocatorias electorales, en las que el peronismo estaría proscrito.

3- cuál sería el camino más adecuado para lograr el crecimiento de una alternativa socialista en el país: la construcción de un partido socialista netamente *clasista* ó de un frente político y social que aglutinara a las fuerzas populares y de izquierda.

4- cuál la estrategia política que, siendo acorde con los principios del socialismo, se adecuara al *estado de conciencia* de las masas, lo cual incluía el espinoso tema de las *vías* -democrática ó insurreccional-, para acceder al poder.

5- cómo debería situarse el PSA ante las corrientes *duras* y *blandas* que se cruzaban en el peronismo.

6-cómo se relacionaría con el PC, atendiendo tanto a su alineamiento internacional como a su estrategia *etapista* para la revolución en Argentina (M. C. Tortti, 2006).

El desarrollo de éstas y otras cuestiones -que pueden seguirse en publicaciones tales como *Sagitario*, *Situación* y *Che*-, irá produciendo una creciente diferenciación dentro del Socialismo Argentino y distanciando cada vez más a los sectores *moderados* de aquellos más comprometidos con posiciones de corte revolucionario, que propiciaban un decidido acercamiento a la *línea dura* del peronismo.

Si bien entre 1959 y 1961, el PSA registró un interesante crecimiento y obtuvo algún resonante éxito electoral -como el de Alfredo Palacios en la Capital-, no logró detener el enfrentamiento interno, y después del congreso partidario de fines de 1960 -que proclamó la línea del “Frente de Trabajadores”, entró en un conflictivo proceso electoral interno, y en mayo de 1961 una nueva ruptura hizo emerger al PSA de Vanguardia (PSAV).

El PSAV, y el grupo que le dio origen, pueden ser ubicados en el campo de la naciente *nueva izquierda*, al lado y en competencia con otros que, provenientes de diversas tradiciones políticas, también se estaban escindiendo de sus organizaciones y buscando combinaciones políticas similares. En casi todos ellos se iba afirmando la convicción de que para alcanzar la liberación nacional y social, los mecanismos electorales y parlamentarios no tenían más valor que el de una “táctica” utilizable dentro de una estrategia que, necesariamente, debía ser de corte insurreccional.

## **2- La izquierda socialista y su proyecto de renovación para la izquierda.**

Pero, desde antes de que la nueva división socialista se precipitara, la *izquierda socialista* ya se había embarcado en un proyecto destinado a promover la confluencia con otros sectores que, como ellos, propiciaban una renovación en el campo de la izquierda. Los productos más notables de este emprendimiento fueron la publicación de la revista *Che* y la promoción y triunfo de Alfredo Palacios, en las elecciones celebradas en la Capital Federal, en febrero de 1961.

La empresa político-periodística, que no era órgano oficial del PSA, ya estaba en marcha a fines de 1960; su propósito era el de “llegar al progresismo”, es decir a gran parte de la juventud universitaria y de la intelectualidad, y los sectores “más esclarecidos” del sindicalismo, y así crear “un área de acuerdos para los debates en la izquierda”. (1) El grupo original estaba compuesto por los

socialistas Pablo Giussani –director de la revista-, Abel A. Latendorf, Manuel Dobarro, Julia Constenla y Elías Semán, algunos intelectuales independientes o provenientes del frondizismo como Carlos Barbé, Susana Lugones, Francisco Urondo y David Viñas, además de otros regulares colaboradores tales como Joaquín Lavado -“Quino”- o Eduardo Galeano. Las expectativas estaban puestas en incidir en la reorientación de los partidos de la izquierda y en impulsar el desarrollo revolucionario del peronismo, esperanzas que eran compartidas entre otros por John W. Cooke –por entonces en Cuba-, con quien el grupo editor mantenían fluido contacto (M. C. Tortti, 2002).

Si algo caracterizó a *Che* fue el tono marcadamente *cubanista* y *antimperialista* así como el estilo osado y desafiante con que analizaba la situación nacional y enfrentaba a la dirigencia política -incluida la de la izquierda *reformista* y la del peronismo *integracionista*. En sus páginas puede apreciarse la convicción de que, con Cuba, se había abierto el ciclo de la revolución en latinoamérica y que, en la Argentina ya estaban dadas las *condiciones* para iniciar la lucha, debido al alto grado de combatividad de su clase obrera. Al respecto, junto con la crónica del movimiento huelguístico, la revista sigue atentamente las disputas entre *conciliadores* y *duros* en el sindicalismo peronista, y toma posición por los últimos con la esperanza de converger con ellos en un gran movimiento político *popular y revolucionario* (2).

Uno de los focos que concentraba la atención de *Che*, se ubicaba en la descripción de las sinuosidades del gobierno de Frondizi, de su tensa convivencia con los *factores de poder* -en particular con las Fuerzas Armadas-, de su política económica y de su acelerado deslizamiento represivo. Podría decirse que *Che* fue una mirada desde la izquierda del “juego imposible” en el que se debatía la política argentina a raíz de la proscripción del peronismo, y que en dicha mirada se aprecian los rasgos y síntomas de lo que Juan C. Torre (1994) calificara como “alienación política” de la generación que, decepcionada con el frondizismo, poco más adelante abrazaría con fervor un proyecto decididamente revolucionario.

Poco más adelante, ante el llamado a elecciones para elegir un senador por la Capital, la *izquierda socialista* trabajó intensamente por la candidatura de Alfredo Palacios, en la convicción de que era posible enfrentar unificadamente a la derecha utilizando la estructura legal del PSA y presentando un candidato socialista capaz de concitar apoyos extrapartidarios y captar al *electorado vacante* –los proscriptos peronistas y comunistas. *Che* fue puesta al servicio de este proyecto que, según sus impulsores, serviría además, para demostrarle a Perón que sus seguidores se estaban orientando hacia la izquierda (3).

Producido el triunfo de Palacios, que había desarrollado su campaña con un fuerte tono opositor al gobierno y una exaltada adhesión a la revolución cubana, la revista reflejó su euforia con títulos tales como el que proclamaba “Cuba plebiscitada en Buenos Aires”, como en notas que destacaban que el éxito alcanzado se debía al vuelco del electorado peronista: sobre todo, se destacaba que en circunscripciones de fuerte composición obrera -como el barrio de Mataderos-, el retroceso del voto en blanco se correspondía con el aumento del voto al PSA. Se afirmaba, además, que “por encima del hartazgo que provoca este simulacro de democracia”, en el país tomaba cuerpo un nucleamiento de izquierda que comenzaba a canalizar a los sectores populares.

*Che* adjudicaba a los votos por Palacios un contenido “netamente clasista” y revolucionario, y de allí deducía que había llegado la hora de dejar atrás los “vicios de la izquierda liberal” y encarar decididamente la construcción de un “movimiento de liberación nacional” que, siguiendo el ejemplo cubano, se hiciera cargo de la “idiosincrasia del pueblo” (4). En el mismo sentido, la dirigente capitalina Elisa Rando afirmaba que la “avalancha roja” de la Capital mostraba que el socialismo recién había podido expresar a la mayoría “antiimperialista, antioligárquica, proletaria y revolucionaria” después de haberse desprendido del “reformismo” y de haber comenzado la construcción del “Frente Obrero”, propugnado por el reciente 45° Congreso del PSA. Llamativamente, el tradicional diario *La Nación* hacía una lectura similar y se alarmaba ante la posibilidad de que el *fidelismo* comenzara a canalizar el voto del proscrito peronismo.

Expresiones como las vertidas por la *izquierda* en *Che*, no hacían sino presagiar tiempos de rupturas en el PSA. Palacios y el sector *moderado* del Partido se retraían ante ellas y ante los intentos cada vez más audaces de su ala radical por acercarse a los sectores combativos del peronismo y a los grupos comunistas y ex frondizistas, con los cuales aspiraban a construir el “frente”: veían con enorme preocupación la consolidación de unos vínculos que, según pensaban, harían perder su identidad al socialismo y lo embarcarían en “aventuras” revolucionarias ajenas a su tradición.

### **3-La confrontación político-ideológica en el PSA**

A nivel discursivo, la *izquierda*, presentaba al triunfo de Palacios y del PSA -y el siguiente producido en la comuna santiagueña de Añatuya- como exclusivo éxito de su línea política y del activismo de sus huestes juveniles. Por consiguiente, se sentía autorizada a seguir anudando relaciones “frentistas”, pese a la reticencia de los *moderados*. Por otra parte, de manera cada vez más perceptible, convertía en vehículo de su discurso a *LV* -periódico oficial del PSA-, dirigido por uno de sus hombres,

David Tieffenberg. Dirigiéndose ahora al “frente interno”, las páginas de *LV* dejan ver no sólo el predominio alcanzado por las opiniones más radicales dentro del Partido, sino también el creciente espacio que su director otorga a dirigentes e intelectuales extrapartidarios, sobre todo peronistas o vinculados al *nacionalismo popular*.

En la discusión sobre las características que el “Frente” debería tener, la *izquierda socialista* tenía dos objetivos principales. En primer lugar, diferenciarse y criticar la concepción del “frente democrático”, oficialmente sostenida por el PC: fuertemente influida por el “guevarismo”, la *izquierda socialista* y los grupos comunistas que pronto se escindirían de su partido, rechazaban la visión “etapista” y sostenía que en las condiciones de América Latina, revolución nacional y revolución social eran parte de un único proceso dirigido a la construcción del socialismo. Pensaba, además, que aunque eventualmente algunos sectores burgueses pudieran participar del “frente”, éste no podría tener como objetivo la constitución de un gobierno de “amplia coalición democrática” para la conquista de una plena “legalidad” sino, por el contrario, la de destruir las bases políticas y económicas del poder de la “burguesía nacional” que, en nuestros países, estaba directamente ligado al del imperialismo. En tal sentido, se oponía tenazmente a que se considerara al proceso cubano como ejemplo de “frente nacional antioligárquico y democrático” –tal como lo hacía el PC-, ya que dicho proceso marchaba aceleradamente hacia el socialismo y desmentía, en los hechos, los esquemas comunistas y la estrategia “reformista” que de ellos se desprendía (5).

El otro objetivo a demoler era la tradición “reformista” y parlamentarista del propio partido así como su tradicional reticencia a las alianzas políticas. Los militantes de la *izquierda* sostenían que, cuando en el próximo congreso, el PSA discutiera su programa, debía evitar concebirlo como mera enunciación de reivindicaciones sindicales y democráticas; por el contrario, tendría que demostrar que con él estaba delineando un futuro socialista para la Argentina y promoviendo el encuentro del Partido con las fuerzas sociales “históricamente capaces” de realizarlo: otra manera de decir que el PSA no tenía otro camino que aquél que lo condujera al encuentro con el “movimiento popular” (6).

Pero, para que ese encuentro fuera posible, se requería que el PSA -y toda la izquierda- se hiciera cargo de “la idiosincrasia del pueblo”, aunque hacerlo implicara transitar caminos “no ortodoxos”, es decir, aún cuando no se contara con un poderoso partido de masas -socialista o comunista- que dirigiera el proceso revolucionario. Para demostrar que tal empresa era factible, la *izquierda socialista* a veces apelaba a la experiencia cubana, tal y como había comenzado a ser explicada Ernesto Guevara en sus “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana”; en

ese trabajo, Guevara sostenía que “la revolución puede hacerse si se interpreta correctamente la realidad histórica y se utilizan correctamente las fuerzas que intervienen en ella, aún sin conocer la teoría”, y agregaba que la raíz del éxito cubano había radicado en el “permanente encuentro entre las fuerzas rebeldes y los campesinos” –a los que se había instruido sobre “la eficacia de la insurrección armada” (7). Otras veces, para incitar a la unidad de las izquierdas, los jóvenes socialistas recurrían a un modelo más tradicional, como el chileno, en el que comunistas y socialistas unidos en el FRAP (Frente de Acción Popular), acababan de imponerse en elecciones parlamentarias: tanto una “vía” como la otra podían ser eficaces si los revolucionarios eran capaces de movilizar al pueblo.

Por otra parte, merece señalarse que en la misma *izquierda* partidaria, había algunas voces disonantes; por fuera del grupo principal liderado por Alexis Latendorf, sectores ligados a la “izquierda nacional” –de larga tradición crítica hacia el PS y el PC- aspiraban a que el próximo congreso se pronunciara por “entroncar” exclusivamente con el peronismo y por la formación de un “frente socialista-peronista”, que excluyera al PC (8). Sin embargo, pese a esas diferencias, en la batalla con los *moderados*, todos golpeaban juntos y discutían posiciones que, como la de Rubén Visconti –uno de los miembros del Comité Nacional-, promovían un “frente de clase” con base en el PSA y excluían todo tipo de alianza con otras fuerzas políticas.

De manera bastante novedosa para *LV*, muchas de las intervenciones hablaban un lenguaje francamente marxista, y contrariando la tradicional defensa que el Socialismo había hecho de las instituciones democráticas y de su propia “labor constructiva” en el parlamento, abundaban las consignas que llamaban a “no más culto a la democracia formal” o las que afirmaban que “las bancas son para la agitación y la propaganda”. Para los más radicalizados, la reciente victoria de Palacios debía ser entendida como un triunfo de todos los trabajadores, y no como el de “un hombre y un partido”, y los más exaltados sostenían que en una banca que había sido ganada “con iracundia cubana”, no podría usarse para actuar con “calma de tesorero de sociedad de fomento” (9).

Llamativamente, la mayor parte de los *moderados*, a quienes iban dirigidos esos mensajes, no asumía abiertamente la discusión sino que, más bien, se hacía oír a través de reflexiones de carácter general –habitualmente envueltas en un tono de advertencia hacia “los jóvenes”. En tal sentido, el santiaguense Ramón Soria –miembro del CN-, comentando el significado de dichas elecciones, sostenía que si bien el éxito alcanzado ensalzaba “al PSA y a Palacios como revolucionarios”, el Partido no debía caer presa de “impaciencias incontroladas” ni de “esquemas rígidos”; pensaba que el PSA debía ir hacia el proletariado “en tanto clase”, lo cual implicaba no pactar con quienes adherían a una

concepción burguesa y “demoraban” el proceso revolucionario -en obvia alusión al peronismo. En cuanto a Cuba, remarcaba que la admiración y adhesión que despertaba no debía hacer perder de vista que las revoluciones “no se importan ni se transplantan”, y en un tácito llamado a mantener la unidad del Partido, consideraba que las diferencias de opinión existentes no justificaban un enfrentamiento, ni tampoco que se las identificara con supuestos cortes generacionales: “a los jóvenes les toca asistir a grandes sucesos revolucionarios y a los llamados ‘viejos’ no les asustan esos hechos” (10).

Sin embargo, el corte generacional existía y las diferencias eran más profundas de lo que Soria estaba dispuesto a admitir, y el proceso de diferenciación entre ambas corrientes estaba dando lugar a comportamientos cada vez más faccionales: los “viejos”, para defender sus lugares intentaban poner una valla a la expansión de los jóvenes que, por su parte, ya tenían tomada la decisión de desalojarlos de la dirección y convertir al PSA en un partido “revolucionario”.

Claro que, como todos percibían, un proyecto de esa naturaleza requería de otro tipo de estructura partidaria, menos abierta y menos deliberativa, más homogénea y más disciplinada. A lo largo del debate desarrollado en la mencionada sección “Opine Usted”, el tema de los modelos organizativos considerados adecuados, había ido tomando cuerpo; para algunos, debía mantenerse el perfil de partido democrático, electoral y de base territorial, construido a partir de la figura del ciudadano que adhiere al “ideal del socialismo”, mientras que para otros, había llegado el momento de construir un partido “de vanguardia”, de estructura celular y con un funcionamiento interno inspirado en los principios del “centralismo democrático”. Entre estos últimos, algunos proponían que una vez agotado el debate y alcanzados los acuerdos programáticos en el próximo congreso “ideológico”, el Partido debía “cerrarse” y construir una “vanguardia monolítica” -a la manera “leninista”-, y desafiliarse de la “Internacional Socialdemócrata”. Según explican hoy algunos ex dirigentes, el proyecto consistía en mantener la estructura legal -los centros, la personería política, etc.-, y paralelamente crear otra de carácter clandestino con capacidad para operar en medio de una situación política que, según suponían, adquiriría rasgos crecientemente insurreccionales; la combinación de ambos niveles, agitación revolucionaria y participación electoral, amplificaría notablemente sus posibilidades de acción política, pues por un lado les permitiría ligarse con el accionar de los “comandos” peronistas y con el “aparato militar” comunista, y por otro, desarrollar campañas públicas -incluidas las electorales- que estaban vedadas para los “partidos proscriptos” (11).

Con esta estrategia, la *izquierda socialista* pensaba orientarse centralmente hacia el desencadenamiento de acciones de masas: más que a la instalación de “focos”, al estilo guevarista,

apuntaba al desarrollo de un proceso insurreccional desencadenado a partir del movimiento huelguístico o de un estallido provocado por el proscrito peronismo -aunque no descartaba la posibilidad de la lucha armada, ni dejaban de agitar y prepararse para ella (12).

Éste era el contexto dentro del cual se desencadenó la crisis partidaria de mediados de 1961, cuando ya era público que el resultado de las elecciones internas conducía a la constitución de un nuevo CN con mayoría de la *izquierda*. Entonces, grupos orientados por la fracción *moderada* –que iba a quedar en minoría- provocaron una abrupta interrupción del proceso electoral, y medio de mutuas acusaciones, el PSA se dividió. La joven *izquierda* quedó definitivamente distanciada del flamante senador Palacios, que en la disputa había optado por el sector *moderado*. A partir de entonces, la *izquierda* potenció el discurso radical (13), se encaminó hacia la consolidación de su propio partido - poco más adelante, PSA “de Vanguardia”-, y se lanzó decididamente a la búsqueda del frente con el peronismo.

Paralelamente, ya desde abril, *Che* venía poblando sus páginas con crónicas, entrevistas y proclamas del gobierno revolucionario cubano: atractivos titulares y grandes fotografías del Ejército Rebelde y de las Milicias Populares encabezaron las ediciones en las que dio cuenta de la invasión a Cuba comandada por la CIA (14). Poco más tarde, en agosto, con el PSA ya dividido, *Che* cubrió extensamente la Conferencia de la OEA en Punta del Este y siguió minuciosamente las intervenciones de Ernesto Guevara en ella, al tiempo que algunos notorios dirigentes de la *izquierda* incrementaban contactos y viajes a Cuba.

#### **4- La línea cubana y el mundo de la “nueva izquierda”**

Lo anterior no hace sino mostrar hasta qué punto pro-peronismo y *cubanismo* se articulaban en el pensamiento y en la estrategia de la *izquierda socialista* que veía al anhelado frente con el peronismo como la piedra angular de un proyecto que se integraría a la ola revolucionaria continental, cuyo su centro y fuente de inspiración estaban en Cuba. Desde *Che* se reafirmaba la convicción de que el punto nodal del acuerdo que debía reunir en un frente a diversas fuerzas políticas, radicaba en la posición que cada una de ellas adoptara frente a Cuba, y consecuentemente, trazaba una línea que recorría transversalmente a los partidos, incluidos los de izquierda.

Como expresión del campo del *fidelismo*, las páginas de la revista se habrían a la opinión de intelectuales y dirigentes de diversos orígenes políticos que, no sólo se pronunciaban en favor de la

revolución cubana -y en contra del “imperialismo norteamericano”- sino que además, encontraban en ella la inspiración adecuada para resolver los problemas nacionales: así lo decían desde el sacerdote Hernán Benítez hasta Ezequiel Martínez Estrada o el radical Santiago del Castillo. Junto con el tema de las *vías, etapas y carácter* de la revolución, los discursos aludían al papel asignable a los mecanismos electorales, a la democracia “formal” y a la “burguesía nacional” en el proceso de liberación, tal como también ocurría en otras publicaciones de la época, como *El Popular* -donde escribían Ismael Viñas, Alicia Eguren, John W. Cooke, y otros intelectuales orientados hacia un nacionalismo popular y/ o revolucionario- (15), o *Cuadernos de Cultura y Nueva Era* -que expresaban al comunismo.

Dentro del PSA, los *moderados* -aún siendo defensores de la revolución- no compartían la perspectiva de la *izquierda*, y se habían resistido a homologar sin más a los campesinos cubanos con el proletariado argentino; más aún, no veían posibilidad de éxito a ninguna empresa política que intentara replicar a la *vanguardista* experiencia caribeña en nuestro país. Por otra parte, y aún reconociéndole un papel pionero en América, no estaban dispuestos a que los temas cubanos se convirtieran en el norte de las iniciativas políticas de carácter nacional, y menos aún, a que en su nombre se borraran fronteras e identidades partidarias. Además, a muchos militantes y dirigentes -incluidos Alfredo Palacios y Alicia Moreau- les disgustaba el creciente acercamiento de Cuba a la Unión Soviética y, desde hacía cierto tiempo venían tomando distancia respecto de la *justicia revolucionaria* -sobre todo en el tema de los fusilamientos a opositores.

De todos modos, como tanto unos como otros tenían una larga relación de simpatía y solidaridad con los revolucionarios cubanos desde mucho antes del triunfo de la Revolución, el PSA había favorecido el fortalecimiento de esos vínculos y los contactos, visitas y estadías en la Isla habían ido creciendo, amplificando el impacto que la Revolución ya tenía sobre su militancia. Uno de los más asiduos viajeros fue el dirigente juvenil Elías Semán quien, durante una prolongada permanencia en Cuba -entre fines de 1960 y principios de 1961-, había sido testigo de la aceleración del proceso y de su definición socialista. Durante ese período, la radicalidad de las medidas y el acercamiento con la URSS, aumentaron la hostilidad de los EEUU al punto que, desde los últimos meses de 1960, y sobre todo cuando la invasión fue repelida, un extraordinario entusiasmo se había expandido en las izquierdas latinoamericanas, aumentando aún más el prestigio de los jóvenes “comandantes”.

En medio de tan particular clima, en La Habana, la revista *Verde Olivo* había publicado un trabajo de Ernesto Guevara, “Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia de la lucha contra el colonialismo?”, en el que abordaba el crucial tema de los alcances -o ejemplaridad- del “caso” cubano para América latina

(16); al entrar de lleno en el debate sobre las “vías”, planteaba abiertamente la discusión que los cubanos sostenían con los partidos comunistas latinoamericanos que, como el argentino, insistían en la “excepcionalidad” de la forma y los caminos de la revolución cubana y en la tesis de la irrepetibilidad de su “modelo”. Guevara, en cambio, sostenía que en el caso cubano, las únicas características “irrepetibles” -por “excepcionales”- eran las que derivaban del liderazgo de Fidel Castro y de la “sorpresa” que la Revolución había provocado en el imperialismo norteamericano y en la burguesía cubana, y que todas las demás debían ser adjudicadas a la situación de dependencia y pobreza que la Cuba prerrevolucionaria compartía con el resto de las naciones americanas. Su tesis venía a decir, que para iniciar un proceso revolucionario en cualquiera de esas naciones, a la común “situación objetiva” sólo faltaría agregarle el elemento “subjetivo” aportado por la conciencia y el liderazgo adecuados. Una segunda tesis, ponía en discusión el tema del “carácter” de la revolución al afirmar que, una vez iniciado el proceso, el aspecto “nacional” y el “social” se sucederían sin solución de continuidad porque, como nuestras “burguesías nacionales” carecían de capacidad y voluntad para enfrentar consecuentemente al imperialismo, una vez atravesados los primeros tramos de la lucha, tenderían a aliarse con él y “obligarían” a la revolución a avanzar sobre ellas; como inevitable corolario, se desestimaban las expectativas de quienes pensaban que una tal lucha pudiera ser exitosamente encarada por “frentes” en cuya dirección gravitaran los representantes políticos de esas burguesías. En tercer lugar, Guevara sostenía que la construcción del Frente de Liberación -y el proceso revolucionario- debían ser iniciados por una “vanguardia político- militar”, a partir de la instalación de un “foco” revolucionario de carácter rural, y que la revolución avanzaría del campo a la ciudad construyendo un “nuevo poder”, asentado en el “ejército popular”.

Si bien el “Che” admitía que tal estrategia presentaba alguna dificultad adicional en países que habían alcanzado cierto grado de desarrollo industrial y concentración urbana, afirmaba que aún en ellos, era necesario contar con un sólido asentamiento guerrillero que, en el campo, actuara como fuente y sostén de las actividades y del espíritu revolucionario. A su juicio, en esos países –entre los que indudablemente estaba la Argentina-, el “escollo” residía en que la lucha de masas “organizada pacíficamente” había adquirido un peso considerable y, en consecuencia, gozaba de amplia difusión la creencia en la posibilidad de alcanzar un “cambio cualitativo” mediante el método de aumentar “progresivamente” la presencia de las fuerzas populares en los parlamentos; sin embargo, aunque consideraba que un proceso de esas características era altamente improbable, no desechaba completamente que, en algunos casos, el cambio pudiera iniciarse por la “vía electoral” (17).

Respaldadas por las realizaciones de la Revolución y por el extraordinario ascendente de Guevara, estas ideas influenciaron poderosamente a toda una generación de militantes cuya acción, a la vez, modificaría sensiblemente el panorama de las izquierdas en Latinoamérica. En el caso de la *izquierda socialista*, el punto que terminó por romper el equilibrio dentro del PSA, fue la perspectiva por ella entrevista de encarar una estrategia de fusión con el “movimiento nacional” -que para los *moderados* implicaba una grave alteración de la tradición partidaria. Precisamente en medio de ese tumultuoso enfrentamiento, el joven Elías Semán –de regreso de la Isla- había publicado *Cuba miliciana*, verdadera síntesis del punto de vista de la *izquierda*, que (18) influyó decisivamente en las decisiones del congreso “ideológico” que realizó en septiembre.

### **5- El congreso “ideológico”: un partido socialista, latinoamericano y fidelista**

Ya definitivamente quebrado el PSA, cada fracción se aprestó a celebrar su propio 46° Congreso (19). En vísperas del mismo, el grupo de *izquierda*, constituido en PSAV, dejó de usar la anterior consigna de “Frente de Trabajadores”, reemplazándola por la de “Frente de Liberación Nacional”; con ello se estaba dando por sentado que tal construcción implicaba la “fusión” entre los trabajadores peronistas y una izquierda convenientemente renovada, es decir, una que abandonara los esquemas “liberales” y adoptara una “posición nacional” -otra forma de apelar a un “nacionalismo de izquierda que realice la simbiosis entre socialismo y nacionalismo”(20).

Cuando finalmente el Congreso se reunió en Córdoba –entre el 29 de septiembre y el 1° de octubre de 1961-, todo estaba listo para que los delegados proclamaran con entusiasmo que constituían “la izquierda más joven y más lúcida” y definieran a su Partido como una fuerza “Socialista, Latinoamericano y Fidelista” (21). Una de las principales decisiones tomadas, ante la inminencia de las elecciones provinciales, sobre todo las de Santa Fe y Buenos Aires, fue la de “abrir” las listas electorales a eventuales candidatos extrapartidarios. Se esperaba así atraer al peronismo, posibilitando que sus hombres fueran candidatos de un partido legal, y forzando al gobierno para que autorizara su concurrencia (22). Sin embargo, lo que verdaderamente esperaban era que esas elecciones condujeran a un estallido insurreccional que, según calculaban, sobrevendría tanto si el gobierno mantenía la proscripción como si la levantaba; en ningún caso el “régimen” toleraría resultados que implicaran el triunfo del peronismo, o el de sus candidatos en un “frente” o en las listas socialistas.

Paralelamente, el Congreso consideró que dado que la experiencia cubana había puesto a la revolución en “el orden del día” de la izquierda latinoamericana, y por tanto como completamente

perimida la tesis de la revolución “democrático-burguesa”. Por otra parte, toda la Declaración Política descansó sobre la tesis de que, en Argentina “no hay división entre partidos sino entre clases” (23), afirmación que permitía a los “vanguardistas” acercarse discursivamente a los trabajadores y colocar en segundo plano las diferencias de identidad política con ellos. Tal como observara Silvia Sigal (1991), posiciones como ésta eran posibles a partir de par de operaciones ideológicas consistentes en separar “imaginariamente” a la clase obrera de su identidad política, y al peronismo de su jefe; de esa manera, les era posible pensarse como una izquierda “nueva” -no “gorila”- y, a la vez, como potencial dirección revolucionaria de las masas. Así, también les fue posible alimentar expectativas y cálculos políticos basados en afirmar una radical diferencia y una permanente contradicción entre las criticadas estructuras dirigentes del peronismo y sus bases obreras, que la Declaración del Congreso sintetizó en el slogan “Hay un 17 de octubre de 1945 y hay una CGT que el 16 de septiembre de 1955 no quiso ni pudo ser dirección”.

Finalmente, en línea con los sucesos cubanos, el 46º Congreso tomó otra trascendente decisión al definir al Partido como organización “marxista-leninista” y desafiliarlo de la Internacional Socialista, y produjo la “autocrítica” ya anunciada por *Cuba miliciana*. Volviendo sobre el tema del “fracaso histórico”, y haciéndose cargo de la “ajenidad” de la izquierda respecto de la identidad de los trabajadores, se afirma que el Partido “*no se resigna a permanecer marginado de la realidad de las masas que se expresan en el peronismo*”; de esta manera, el Socialismo de Vanguardia no sólo manifestaba su voluntad de poner fin al “desencuentro”, sino que además anunciaba el nacimiento de una “nueva izquierda” y consideraba que con su gesto “toda la izquierda argentina contesta al impacto del peronismo y *se autocrítica*” (las cursivas son mías) (24). Resulta evidente que estos socialistas pensaban según un modelo de integración similar al que acababa de concretarse en Cuba con la constitución de las ORI (Organizaciones Revolucionarias Integradas).

## **6- La búsqueda del “frente” con el peronismo**

En el período que siguió al Congreso de Córdoba, entre los últimos meses de 1961 y los primeros de 1962, se desarrollaron algunos procesos y se produjeron ciertos acontecimientos que incidirían fuertemente en el rumbo que tomaría el recién nacido PSAV. En el orden nacional, las novedades vinieron de la mano de la política frondizista de legalización del peronismo y de la consecuente posibilidad de que el peronismo concurreniera a los comicios con sus propios candidatos, alterando drásticamente el papel que los socialistas venían cumpliendo en relación con los

“proscriptos” y volviéndolos innecesarios como “canal legal”, antes de que hubiesen logrado conformar un “frente” con ellos.

Tal lo ocurrido con las mencionadas elecciones provinciales a las que el peronismo concurrió con sus propias formaciones y candidatos; ante tal situación, el PSAV consideró que debía acompañar al “movimiento popular” y se abstuvo de presentar las propias listas electorales. En el caso de Santa Fe, el Frente Justicialista resultó derrotado por el partido de gobierno -la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI). En Buenos Aires, el candidato de la Unión Popular -Andrés Framini- que fue activamente apoyado no sólo por los socialistas sino también por el PC y otros grupos de izquierda, resultó vencedor en las elecciones del 18 de marzo de 1962. Tal como era previsible, la presión militar obligó al gobierno de Frondizi a anular las elecciones bonaerenses y las de otras provincias en las que el peronismo también se había impuesto.

Los resultados que el peronismo logró, en particular en la provincia de Buenos Aires, mostraron no sólo que podía ganar las elecciones sino también que, aún cuando el triunfo le fuera arrebatado, no estaba en condiciones de producir los cataclismos políticos que los “vanguardistas” esperaban: si bien el gobierno de Frondizi resultó insanablemente afectado por su peso electoral, la caída del gobierno fue provocada por la presión militar y por la actitud asumida por el resto de los partidos que no deseaban ver alteradas las condiciones del juego político inauguradas en 1955.

A la vez, en las fuerzas que integraban el *fidelismo* se fueron ahondando las diferencias que existían en sus seno, entre *socialistas de vanguardia*, comunistas y algunos grupos trotskistas; a las divergencias referidas a la relación que debía entablarse con el peronismo, se sumaban ahora más claramente, las relativas al vínculo que cada una mantenía con Cuba, en especial, con los planes continentales desde allí impulsados. Dichos planes despertaban entusiasmo entre los *vanguardistas* –y otros grupos de la “nueva izquierda”-, pero provocaban todo tipo de prevenciones entre los comunistas.

Después de marzo de 1962, pese a la innegable frustración producida por el rumbo que habían tomado los acontecimientos, el PSAV reivindicó su decisión de haber acompañado “la posibilidad del triunfo popular”, pues pese a que la “sombria perspectiva golpista” se había concretado, la experiencia vivida mostraría a las masas que sería imposible su acceso al poder mediante los instrumentos “deificados por la burguesía”. Desde el punto de vista *vanguardista*, con la denegación del triunfo popular, el país entraba en una etapa de confrontación entre “dos legalidades”, durante la cual las masas aprenderían a orientar su lucha hacia la “legalidad de la liberación” en lugar de buscar su inclusión en el “sistema” (25); ellas completarían ese aprendizaje cuando comprendieran que, al haber quebrantado

su propia legalidad, la burguesía había anulado la “vía pacífica” e inaugurado el tiempo de la “vigilancia armada”.

A partir de este análisis, el Socialismo de Vanguardia, se abocó a la doble tarea de sostener su presencia política dentro de los marcos de la legalidad y, a la vez, dotarse de una estructura apta para actuar en condiciones de ilegalidad. Al decir de uno de sus ex - dirigentes, la cuestión crucial pasaba por determinar si en el país aún había –o, ya no- condiciones para la lucha legal; para algunos, sobre todo los más jóvenes, lo ocurrido no sólo confirmaba la imposibilidad de la “vía pacífica” sino que conducía a imaginar un futuro revolucionario que, más que ligado a alzamiento derivados del movimiento popular, aparecía relacionado con la existencia de una “vanguardia” que acelerara la maduración de las “condiciones objetivas”. Sin embargo, en el PSAV, sus dirigentes más importantes, como A. Latendorf, siguieron apostando a la maduración revolucionaria del peronismo, convencidos de que era necesario “atravesar” una etapa que incluyera su reinserción política –y el propio retorno de Perón (26).

Así, el PSAV, al mismo tiempo que hacía oír su protesta porque se había impedido asumir a los gobernadores y diputados recientemente electos, en otro plano, intentaba transformar la propia estructura partidaria basada en los “centros” por otra de tipo “celular”; y, a la vez que estrechaba los lazos con los “comandos” peronistas, enviaba militantes a Cuba y trataba de poner en pie sus propias “organizaciones de combate”. También duplicó su prensa: mientras seguía publicando *LV “roja”* –en calidad del periódico oficial del Partido-, de manera clandestina reaparecía *Che*. En esta nueva etapa, *Che*, fue el vehículo elegido para dar cauce a opiniones que, de otro modo, hubiesen provocado la censura oficial, y también para expresar críticas a Framini y a otros dirigentes peronistas que, como él, habían “aceptado” la anulación de las elecciones. Durante este nuevo y breve ciclo, la revista se caracterizó por un tono marcadamente panfletario y, muchas veces, por un afectado lenguaje popular desde el que se dirigía a un hipotético trabajador peronista al que llamaba a “juntar la bronca”, provocar “un nuevo 17”, y decir “adiós a las urnas” (27). Lo cierto es que el discurso del PSAV comenzó a registrar cambios, adquiriendo un tono crecientemente doctrinario, combinado con la profusión de argumentos y justificaciones destinados a cubrir la distancia entre una realidad cada vez menos promisoriosa y la línea partidaria.

Al haber dejado de existir las condiciones políticas que en otro momento le permitieron cierto protagonismo, y al haberse acentuado la actividad represiva del gobierno, el Partido fue “sumergiendo” su estructura y dando prioridad a las actividades de carácter clandestino. Casi la mismo tiempo que

desde Cuba se emitía la Segunda Declaración de La Habana, un importante contingente de *vanguardistas* –comandados por Elías Semán- viajó a la Isla para integrarse a un “campamento”, del que también participaban algunos grupos peronistas, trotskistas y otros ligados al anarquista español Abraham Guillén. El “campamento”, tenía por objetivo sentar las bases para que, una vez de regreso en el país, los grupos se abocaran a la constitución de un Frente de Liberación; dicho Frente –y su ejército-, presumiblemente se integraría a un proyecto mayor, al que algunos autores se refieren cuando hablan de “los planes cubanos para el cono sur”, y que habría consistido en un intento de gran envergadura que incluía la instalación de grupos guerrilleros en diversas zonas de la región. Muy probablemente, el mismo “Che” haya estado dirigiendo la preparación de cada uno de esos grupos de manera simultánea, pero en paralelo, de modo que nadie -salvo él mismo- habría conocido el plan en su integralidad. Dentro de ese plan, Bolivia parece haber sido escogida como vía de acceso, tanto para quienes se dirigirían a Perú -para apoyar a Hugo Blanco, en la zona de Cuzco- como para los que ingresarían a la Argentina, con el fin de instalarse en Salta y Tucumán. Para el caso argentino, la cuestión habría cobrado particular interés a raíz de que el derrocamiento de Frondizi y la instalación del gobierno cívico-militar de José M. Guido, completaban el cuadro de ilegitimidad que ya padecía el sistema político.

Aunque ese campamento no fue la base del plan imaginado, los planes de Guevara siguieron su marcha, y entre fines de 1963 y comienzos de 1964, se instaló en Salta el Ejército Guerrillero del Pueblo, dirigido por Jorge R. Masetti; presumiblemente, uno de los grupos del campamento de los argentinos, el comandado por Ángel Bengoechea estuviera preparándose para apoyarlo, o para abrir un segundo “foco” en Tucumán (S. Nicanoff y A. Castellano, 2004).

Todo parece indicar que, el PSAV quedó más bien al margen de la corriente principal impulsada por el “Che” en la Argentina; sin embargo, es muy probable que algunos de sus hombres hayan sido depositarios de una especial confianza por parte de “los cubanos” y hayan cumplido algunas importantes tareas, tanto en lo referente a la organización del “foco” en Salta como, en otro plano, las concernientes a sus relaciones con Perón (28). A fines de 1962, la dirigencia cubana había acordado con Cooke la realización de un viaje de éste a Madrid, para intentar convencer a Perón de la conveniencia de instalarse en La Habana y, desde allí, impulsar la constitución de “una corriente revolucionaria en el peronismo” (29), proyecto que no podía sino contar con el apoyo de los “vanguardistas”.

Sin embargo, a esa altura, congeniar pro-peronismo y pro-cubanismo comenzaba a mostrar tan fuertes dificultades. Después del episodio electoral de 1962 en la provincia de Buenos Aires, algunos insistían en la necesidad de seguir priorizando los lazos con el peronismo, mientras que otros harían lo propio con la preparación de la lucha armada. Sin que puedan establecerse nítidas fronteras, la segunda posición parece haber predominado entre la generación más joven, mayoritariamente universitaria, mientras que la primera, habría tenido su asiento en el CN, donde las figuras de mayor peso eran Alexis A. Latendorf y Enrique Hidalgo. Al no poder encontrar un punto de acuerdo, a fines de 1963, el PSAV entró en una profunda crisis, sus fuerzas se dispersaron y los grupos emergentes pasaron a formar parte del por entonces fragmentado mundo de la “nueva izquierda”, que recién unos años más adelante, iniciará un proceso de relativa unificación y crecimiento.

## NOTAS

- 1- A. A. Latendorf (entrevista, octubre 2000).
- 2- Entrevistas a J. C. Portantiero, junio 1999; Julia Constenla, octubre, 2000; Isidoro Gilbert, diciembre 2001, y la ya mencionada a A. A. Latendorf.
- 3- Barbé, C., “Hay que poner un senador en órbita”, *Che* n° 4, 25-10-60.
- 4- Latendorf, A. A., “Cuba plebiscitada en Buenos Aires” y Barbé, C., “Más allá de la euforia”, *Che* n° 8, 17-2-61
- 5- *LV* 18-1-61, y *Cuadernos de Cultura* N° 50, diciembre 1960
- 6- *LV* 25-1-61.
- 7- *Verde Olivo*, 8-10-60.
- 8- *LV* 29-3-61, 12-4-61.
- 9- *LV* 15-3-61
- 10- *LV* 15-3-61, y García Costa (1997)
- 11- *LV* 15-3-61, y entrevistas a J. C. Marín, S. Colabella y B. Balvé.
- 12- *Verde Olivo*, La Habana 9-4-61. Entrevistas a A. Latendorf, B. Balvé, R. Monner Sans.
- 13- Giussani, P., “Don” y Latendorf, A. A., “Me despido de Ud. muy atentamente, Dr. Palacios”, en *Che* n° 15, 2-6-61.
- 14- Ver en especial, *Che* n° 12, 13, 14, 15, de abril a junio de 1961. Puede considerarse que este ciclo de la revista continúa hasta el n° 22, de agosto de 1961, cuando culmina la Conferencia de la OEA en Punta del Este. Algunos títulos: en *Che* n° 12, 20-4-61, la tapa dice “Cuba de pie ¡No pasarán! -con foto de soldados cubanos marchando-, “La invasión militar” (por L. A. Cousillas); en el n° 13, 5-5-61, la tapa muestra una pared y graffiti que dice “Paredón... o no?”, además “Cuba socialista en la hora de su triunfo”, y una nota de A. A. Latendorf, “Goliat acusa la pedrada”. También en *LV* 19-4-61 (con titular en rojo y gran foto de manifestación popular en Cuba) “Yankis asesinos”, “Desde EEUU y Guatemala partieron los mercenarios”.
- 15- *El Popular* era una publicación que expresaba al *nacionalismo popular* y /o *revolucionario*.
- 16- *Verde Olivo*, La Habana, 9-4-61.
- 17- respecto del carácter de la revolución y del papel de la burguesía nacional, Guevara establecía diferencia entre los procesos latinoamericanos y los de África, tomando en cuenta el grado de desarrollo de la economía y la sociedad en cada caso.
- 18- E. Semán, *Cuba miliciana*, Buenos Aires, agosto 1961
- 19- *La Nación* 10-9-61, *La Razón* 13, 14 y 15-10-61
- 20- *LV* “roja” 6-9-61 y 16-8-61, desarrolla la crítica al nacionalismo de derecha

- 21- LV “roja” 6-9-61, La Razón 29-9-61 y Noticias Gráficas 28-9-61
- 22- PSA (Secretaría Tieffenberg)- 46° Congreso Extraordinario “Abrimos nuestras listas para construir un Socialismo Argentino, Latinoamericano y Fidelista”, Córdoba, 29 y 30 de septiembre y 1° de octubre, 1961.
- 23- Situación n° 2, abril 1960.
- 24- J. C. Marín, “Partido y antipartido”, LV “roja” 4-1-62
- 25- PSAV, Declaración del Comité Nacional “La crisis política y el PSAV”, abril 1962.
- 26- La Nación 17-4-62 y La Razón 27-4-62.
- 27- Che (2ª Época) n° 1, 15-5-62, y n° 3, 8-7-62.
- 28- entrevistas a S. Colabella y B. Balvé, entre otros.
- 29- al respecto, ver Correspondencia Perón- Cooke, 15-6-62

## BIBLIOGRAFÍA MENCIONADA

- GARCÍA COSTA, V., *Alfredo Palacios. Entre el clavel y la espada*, Planeta, 1997.
- GUEVARA, Ernesto, *Obras Completas*, Andrómeda, Buenos Aires, 2002.
- NICANOFF, Sergio y CASTELLANO, Axel, *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina*, Centro Cultural de la Cooperación, 2004.
- PERÓN- COOKE, *Correspondencia*, parlamento, 1984.
- ROT, Gabriel, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, El cielo por asalto, 2000.
- SIGAL, S., *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Puntosur, 1991.
- TERÁN, Oscar, *Nuestros años sesenta*, Puntosur, Buenos Aires, 1991.
- TORRE, Juan C., “A partir del Cordobazo”, en *Estudios n° 4*, Córdoba, 1994.
- TORTTI, María C., “Debates y rupturas en los Partidos Socialista y Comunista durante el frondizismo”, *Prismas n° 6*, Universidad nacional de Quilmes, 2002.
- ....., “La nueva izquierda a principios de los ’60. Socialistas y comunistas en la revista Che”, *Estudios Sociales n° 22/ 23*, Universidad Nacional de Santa Fe, 2002.
- ....., “Las divisiones del PS y los orígenes de la nueva izquierda”, en H. Camarero y C. Herrera (c), *El Partido Socialista en Argentina*, Prometeo, 2005.